

Dentro el marco pintoresco
Del morisco mirador
Quedó, como una escultura
Para su cuadro labrada
La Mora desconsolada,
A solas con su dolor.

Resalta, á la luz de espalda,
Su contorno destacado
Sobre el fondo iluminado
Del aposento oriental:
Y parece desde lejos
Al genio de la pureza,
Que va á partir con tristeza
De una cámara nupcial.

Mas aquel busto tan noble
De suave y rubio cabello,
Aquel nacarino cuello
Pálido como el marfil,
Aquel brazo modelado
Por una Atica escultura,
Aquella frágil cintura,
Y aquel todo tan gentil.

Asomado á tales horas
A una torre destinada
Solo á las princesas moras,
Al ojo menos sutil
Delatan á la que ocupa
Su misteriosa ventana,
Por la infelice Sultana
Esposa de Abú-Abdil.

Es ella, sí: allí apacenta
El dolor que la acongoja
Moraima, la flor de Loja,
La azucena de Aly-Athár:
La gacela de ojos garzos,
Cuyas niñas de azul cielo
Eran fuentes de consuelo
Para el viejo militar.

Hoy son ya fuentes de lágrimas:
Sus abrasadas pupilas
No reflejan hoy tranquilas
La pura luz del placer;
Hoy la dulce paz del niño
Su sonrisa no revela,
Porque en sus lábios la hiel
El dolor de la mujer.

Moraima, sí, la mas triste,
La mas pura de las moras,
Pasa allí sus largas horas
En silencio y soledad.
Moraima, que de su esposo
Encadenada á la huella,
Con él de su mala estrella
Parte la fatalidad.

Triste es su historia. Su padre,
La mejor lanza africana,

La otorgó como sultana
Al sucesor de su rey;
Terniendo al viejo soldado
En rebelion harto crítica,
Con su torcida política
Pensó en tal boda Muley.

El bravo Aly-Athár, mas hombre
De pelea que de estado,
Se dió en ello por honrado
Y á Granada la llevó.
La boda hizo el rey al punto,
Pero á sí mismo se dijo:
"¡Imbécil! le doy el hijo,
Pero la corona no."

Dos niños eran entrambos,
Rubios, alegres, gentiles:
Apenas sus quince abriles
Cumplido habrían los dos;
Hermosos como inocentes,
Les unieron y se amaron:
Mas en su amor no contaron
Con la voluntad de Dios.

Sosegados ya los pueblos,
No fué Aly-Athár peligroso:
Y en su aislamiento amoroso
Afeminado Abdilá,
Los hijos de la Zoraya,
Merced al fatal destino
De Abdilá, libre el camino
Tendrían del trono ya.

Tal pensó el rey; los dos niños
Sin cálculo y sin encono,
De sus derechos á un trono
Ni aun se acordaron tal vez:
Pero otro ser mas activo
A quien amor no adormía,
En lugar de ellos abría
Sus ojos con avidez.

Aixa, la altiva sultana,
Celosa de su derecho,
Fué una mañana á su lecho
Como un ensueño fatal.
Abrieron sobresaltados
Los dos príncipes los ojos,
Y ella respirando enojos
Dijo con voz sepulcral:

"Aquel á quien Dios destina
"A ceñir una corona,
"Sus derechos no abandona
"Sino por órden de Dios.
"Hijo de reyes, despierta:
"Rompe tus amantes lazos,
"Y tiende el alma y los brazos
"De tu real corona en pos.

"Y á tí, flor silvestre y pálida
"De los peñascos de Loja,

"¿Por ventura te se antoja
"Que no hay mas ley que el placer?
"¿Crees que tus ojos de cielo,
"Tu alma y tu tez de nieve,
"El dote son que traer debe
"A un príncipe una mujer?"

"Pues te engañas: la que espera
"Dominar como sultana,
"Necesita una alma entera
"Con mas altivez que amor.
"Despertad, pues; los lobeznos
"De la torpe renegada
"Giran con planta callada
"De vuestro trono en redor."

Abú-Abdilá, de su madre
Hecho á la eexacta obediencia,
Tras ella sin resistencia
Del aposento salió:
Moraima, sobrecogida
Por la plática severa
De aquella reina altanera,
Quedóse sola y lloró.

"¿Qué me importan á mí, dijo,
"Su poder y su corona?
"Lo que mi amor ambiciona
"Es no mas su corazón;
"Y si éste me lo arrebatan
"Por el gobierno y la guerra
"¿Qué me dejan en la tierra
"A mí, sin régia ambicion?"

¡Pobre niña! el jóven príncipe
Empezó desde aquel día
A dejar su compañía
Y su cámara á dejar:
Venía por él su madre
Apenas el sol rayaba,
Y hasta que el sol se ocultaba
No le veía tornar.

Entonces, aunque volvía
Alegre y enamorado,
Volvió tan fatigado,
Tan hambriento y sin vigor,
Que en la mesa devoraba,
Y se dormía en el lecho,
Cual si no hubiera en su pecho
Ni corazón ni calor.

Moraima, en su seno amante
Colocando su cabeza,
Contemplaba con tristeza
Su rostro franco y leal,
Que empezaba en el reposo
De su fatigado sueño
A adquirir un torvo ceño
Que no le era natural.

"¿Qué hará? ¿Dónde irá? (decía
"La pobre niña) ¡qué afanes

"Mas propios para gañanes
"Me le cansarán así?
"Si tanto cuesta á los príncipes
"Guardar su trono ¡pluguiera
"A Alán que pastor naciera
"Sin esperar mas que en mí!"

Y una mañana Moraima,
Un sueño tenaz fingiendo,
Fué desde lejos siguiendo
A la reina y á Abdilá,
Y vió que, cruzando apriesa
De los muros el espacio,
Se salieron del palacio
Al bosque que al río da.

Corrió al oratorio régio
Que domina su enramada,
Y vió á una esplanada
Tras una loma llegar.
Allí esperaban tres hombres
Hasta los dientes armados,
Con caballos ensillados
Y en guisa de pelear.

Ciñóse una jacerina,
Embrazó una récia adarga,
Asió de una lanza larga
Y cabalgó Abú-Abdil.
Salió el caballo botando:
Moraima tembló de gozo
Y miedo al verle tan mozo,
Tan armado y tan gentil.

Cabalgaron uno á uno
Los otros tres: apartóse
La sultana y preparóse
La escaramuza. Abdilá
En medio de la esplanada
Y de los tres circundado,
A la suerte preparado
Inmóvil y atento está.

Dió la señal la sultana,
Y empezaron los guerreros
En torno de Abdil mañeros
En círculo á galopar;
A cada vuelta estrechándole
Mas, como un chacal atento
Espiendo él un momento
Su línea para salvar.

Sereno sobre su silla,
Con mirada centelleante
Espía un propicio instante
En liza tan desigual,
En tanto que en torno suyo
Van los tres caracoleando,
A cada vuelta cerrando
La peligrosa espiral.

Giraba él en ellos puesta
La vista: por todas partes

Hallaba un arma funesta
Dirigida contra él.
Vió al fin que un potro rebelde
Se mostraba, y con él hizo
Un amago: espantadizo
Encabritóse el corcel.

Hirió y arrancó, del círculo
Dentro, á escape gineando,
Y á alguno siempre amagando
Con incierta rapidez;
Desigualó las distancias
Cuando, hiriendo y salvándose,
Y fué el círculo ensanchándose
Mas y mas de cada vez.

Ya sobre un lado fingia
Caer y sobre otro daba:
Ya al escape se tendia,
Ya diestro en firme paraba,
Ya de todos tres huía,
Ya á todos tres amagaba
Y á salvo do quier heria
Con certera agilidad;

Hasta que romper logrando
La línea que manteniendo
Iban los tres, trabajando
Sobre el círculo y abriendo
Mas sus distancias, girando
De repente, salió huyendo,
Un breve espacio ganando
Con estraña habilidad.

Cubierto entonces, tendido
Sobre su silla de pechos,
Comenzó á alargar los trechos
De unos á otros, y fué
Cargándoles uno á uno:
Con lo cual, hecha la suerte
De aquel combate moruno,
Echaron á tierra pié.

Moraima, que de lo alto
Miraba la escaramuza,
A cada embestida y salto
Temblando por Abdilá,
Solamente sostenida
Por su ansiedad, en el mármol
Se sentó desvanecida
Al verla acabada ya.

Volvióse luego á su cámara.
;Ay! todo lo comprendia!
Abdilá pasaba el dia
Leccion de armas en tomar.
Al fin lograba la madre
Hacer de su hijo un guerrero,
Tornándole áspero y fiero
De su cariño á pesar.

Dos lunas despues, por fruto
De este acendrado cariño,

Dió Moraima á luz un niño
Que el porvenir la doró:
Y el rey un año mas tarde,
Al prender á la briosa
Aixa, de Abdilá á la esposa
En su torre encarceló.

Tal es su historia. Moraima
La mas triste de las moras,
Pasa allí sus largas horas
En silencio y soledad.
Moraima que de su esposo
Encadenada á la huella,
Con él de su mala estrella
Parte la fatalidad.

La hermosa sultana pálida
De tez, mas de alma encendida,
Es la que está distraida
En su ajimez oriental.
Sabe que Abdilá está en salvo,
Mas pronto que vuelva espera
A buscar la compañera
De su destino fatal.

Y vendrá: tambien lo sabe
Cuando al ajimez se asoma;
Lo sabe, sí: una paloma
Mensajero fiel de amor,
Por mano desconocida
Enviada hasta su ventana,
Trajo un dia á la sultana
Un papel consolador.

Un africano, ginete
Sobre un corcel del desierto,
Llegó al camino encubierto
Sobre el que la torre da
Con temeraria osadía;
Y atada á un cordón de seda
La alzó hasta la celosía
Diciendo: "Abrid á Abdilá."

Al ruido que en ella hicieron
Las alas de la paloma
Abre Moraima y se asoma,
Y asiéndola con placer
Mira al audaz que esto osara:
Mas él huyendo, por única
Despedida en voz muy clara
Dijo: "Dios y Aly-Mazer."

Su pronta vuelta anunciaba
Del príncipe la misiva:
Desde entonces la cautiva
Cada noche le aguardó:
Y aislada en aquella torre
Y sin amigos por fuera,
A Aly-Athár y á Abdil espera
Como el papel prometió.

El modo, el dia... lo ignora:
Espera que se los traiga

La fortuna protectora,
Y espéralos con afán.
Mas no está sola Moraima
En su torre: hay otros seres
Que distraccion y placeres
Y pruebas de amor la dan.

Consigno (sin los que aguarda)
Tiene entera su fortuna:
Su hijo que duerme en la cuna,
Su nodriza esclava fiel,
Y un negrito enano y mudo
Que inteligencia destella,
Distraccion única de ella
Y ocupacion solo de él.

Ligero como una corza,
Sagaz como una serpiente
Y audaz como diligente,
Todo lo escucha y lo ve.
Leal como un falderillo,
Pero con brios de alano,
Do quier se tiende el enano
De su hermosa dueña el pié.

Mudo, jamas incomoda
Con plática inoportuna,
Pero no hay idea alguna
Que no sepa él espresar.
Los guardas le dejan libre
Teniéndole por salvaje,
Y no hay mas astuto paje
En el reino de Alhamar.

Ni su forma es repugnante
Por sus defectos nativos,
Ni sus gestos espresivos
Mohines ingratos son:
La gracia de su sonrisa
De modo su rostro alegre,
Que se lee tras su faz negra
El placer del corazón.

Nada hay en él que amedrente;
Nada en su exterior que estrañe;
Nada en su interior que dañe;
Ni espresa su negra faz
La envidia, el pesar ó el odio
Que otros seres imperfectos
Abrigan con sus defectos
En su alma uraña y falaz.

No al ver la agena hermosura
Su deformidad deplora,
Ve la hermosura y la adora
Con sincera admiracion:
Sér mezquino en proporciones
Le formó naturaleza,
Mas bajo negra corteza
Le dió blanco el corazón.

Criatura, con respeto
A su Criador acata

Viendo que crió sugeto
Su espíritu á cuerpo tal.
Tiene su orgullo en el alma
Que el cuerpo mezquino encierra,
Y como vaso de tierra
Mira su cuerpo mortal.

Ve en Moraima el infortunio
Y leal le compadece;
Ve la hermosura y se ofrece
Del débil y hermoso sér
En servicio: y, admirando
La beldad sin pesadumbre,
Acepta su servidumbre,
Como justa y con placer.

Amigo, juglar y esclavo,
Empléase en todo oficio
Y abarca todo servicio
De interior utilidad.
Entretiene la tristeza
Con sus juegos de destreza,
Y penetra con su instinto
La exterior seguridad.

Tal es la real servidumbre
Que asiste á la hermosa Mora
En la prision en que llora,
Corta y débil, pero fiel.
Tal es el mejor amigo
De Moraima, el Núbio enano
Que de su amparo al abrigo
Vive, y se llama Kaél.

Ahora, y mientras Moraima
De tristes memorias presa
En recuerdos se embelesa
Asomada al mirador,
Duerme el negrillo á la sombra
Del lecho de la nodriza
Sobre el paño que tapiza
El alhamí en derredor.

Todo calla: permanece
Inmóvil al balcon Moraima:
La noche se lobreguece
Ausente la luna ya.
Ni una estrella en el espacio:
Todo es silencio y tinieblas
Dentro y fuera del palacio,
Mudo el universo está.

He aquí que, como avisado
Por algun sér misterioso,
El negrillo desvelado
La cabeza enderezó,
Y con la boca entreabierta,
Sin alentar, y clavados
Los ojos sobre la puerta
Por un instante quedó.

Nada se oia: el instinto
De su raza le advertia

Un riesgo que todavía
Se escapaba del poder
De los sentidos: solo era
Voz de su presentimiento,
No voz, rumor ni lamento
Que oirse pudiera hacer.

El, empero, á deslizarse
Comenzó sobre la alfombra.
Llegando como una sombra
Hasta la puerta exterior:
Mas al pegar al encaje
De sus hojas el oído,
Le hirió otro distinto ruido
Que entró por el mirador.

Volvió un punto á su absoluta
Inmovilidad, tendiendo
La cabeza y conteniendo
La respiración Kaël.
Alumbró luego un relámpago
Su mirada inteligente,
Y al lejos confusamente
Se oyó trotar un corcel.

Sacó de su arrobamiento
Su rumor á la sultana
Que intentó con ansia vana
Las tinieblas penetrar.
Kaël, por las colgaduras
Trepando á la celosía,
Se puso el son que traía
El aire libre á escuchar.

Tal vez era algún viajero
Que á ver venía á Granada,
Tal vez algún mensajero,
Acaso algún mercader
Que, deseando temprano
Ganar la alcaicería,
Llegaba á la Alhambra ufano
Aun antes de amanecer.

Todavía no pisaba
El camino que circunda
De la Alhambra la alcazaba
Sombria, cuando Kaël,
De la ventana saltando
Con agilidad salvaje,
Corrió á la puerta aplicando
El oído á su cancel.

Moraima á sus pantomimas
Y señas acostumbrada,
Con impaciente mirada
Explicación le pidió.
Kaël, pasando una mano
Alrededor de su frente
E irguiéndose altivamente,
A Aixa por allí anunció.

¿Y el caballo? preguntóle
La bella mora temblando,

Y al mirador señalando
Y con los brazos Kaël
De un ave imitando el vuelo,
Y leer ansiosamente
Fingiendo, trajo á su mente
La paloma y el papel.

Moraima aun no asegurada
De comprenderle, le hizo
Su pregunta reiterada:
Y él sus señas repitió.
Lanzóse ella á la ventana,
Mas detúvola él á punto
Que á la misma puerta junto
La voz de Aixa resonó.

"Abre." En su imperioso tono
Dijo con alguno hablando:
Y ante ella el portón girando
Pareció bajo el dintel.
Ante su rostro severo
Calló Moraima inclinándose,
Y fué á hacerla prosternándose
Larga *Zalema* Kaël (1).

Con una antorcha un esclavo
Seguía de Aixa la huella,
Cerró la puerta y en ella
Quedóse el esclavo en pié:
Sin fijar la vista apenas
En Moraima, la africana
En silencio á la ventana
Con paso altanero fué.

Mas no bien á su antepecho
Tocó, cuando al pié del muro
Sobre el arrecife oscuro
Trotar al corcel se oyó.
Asomóse Aixa: el caballo
Paró en firme: cesó el ruido,
Y un ruiseñor, sorprendido
Tal vez al huir, silbó.

Sacando entonces del seno
Aixa un torsal muy delgado
Que tiene un plomillo atado
A una punta, dijo—*va*,
Y por el balcon lanzóle
Prestando el oído atento:
Después de un breve momento
Dijeron abajo—*ya*.

Recogió el torsal la mora
Y de la bujía al brillo
Fué á examinar un anillo
Que volvía atado á él.
El es, dijo, y una llave
En vez del anillo atando,
Tornó á arrojarle tornando
A oirse abajo el corcel.

(1) ZALEMA: *سَلَامَة* Salutación, reverencia de los orientales.

Reinó un silencio completo
Por un instante. Moraima
Con el corazón inquieto
Miraba á Aixa, sin osar
Interrumpirle: la esclava
Con el infante dormía,
Y el enanillo escuchaba
Como Aixa, sin respirar.

Quietos, atentos, callados,
Parecían esculturas
O seres que allí encantados
Un genio paralizó.
Confuso luego y lejano
Comenzó un rumor á oirse,
Que cada vez mas cercano
Por grados se acrecentó.

Al principio fué un susurro
Suave, como el soñoliento
Rumor que produce el viento
Entre las hojas: después
Pareció que muchas voces
Hablaban en el camino
Por lo bajo, y al fin vino
El son claro tal cual es.

Ruido de pasos unidos,
Iguales y compasados,
Pasos de muchos soldados
Que avanzan con rapidez:
Y Moraima, no pudiendo
Contenerse, adelantóse
A par de Aixa y asomóse
En silencio al ajimez.

Quitó la antorcha al esclavo
Y, asiéndose al cortinaje,
Al labrado barandaje
Trepó con ella Kaël.
Sacóla sobre el camino,
Y su roja llamarada
Reflejó en la gente armada
Que descendía por él.

Como una inmensa serpiente
Que se arrastra en la pradera,
Así su movible hilera
En torno ciñendo va
Del régio alcázar el muro,
Hasta sumirse en lo oscuro
De la bóveda escusada
Que sobre el camino da.

Subterráneos pasadizos
Que en los cimientos macizos
Labrar mandó de la torre
De los picos Alhamar,
Dan á una puerta de hierro,
Cuya boca honda y callada
No se cansa aquella armada
Muchedumbre de armar.

Tal vez la traición ó el oro
Franquean aquella puerta,
Puesto que en silencio abierta
Da paso al largo cordón
De armados, que en ella se hunde
Cual procesión de fantasmas
Que unas en otras confunde
Febril imaginación.

Con fiebre á su vez las via
Deslizarse una tras otra
Moraima, y no se atrevía
A la reina á interrogar,
Quien con altanera calma
Y semblante satisfecho,
Desde el calado antepecho
Las contemplaba pasar.

Como vagas creaciones
De un sueño, en el subterráneo
Ginetes tras de peones
Se hundieron: volvió el cancel
De la poterna á cerrarse
Y tras él, desde la altura,
Del arrecife á la hondura
Lanzó su antorcha Kaël.

Entonces Aixa volviéndose
A Moraima, por la mano
Asiéndola y con ufano
Semblante detras de sí
Llevándola, el aposento
Cruzó con ella callada
Hasta ponerla á la entrada
De su oriental alhamí.

Allí del lecho que parte
Con su nodriza el dormido
Hijo de Abdilá, cerrado
Teniendo ante ella el tapiz,
La dijo: "Ahora, hija pálida
"De un árabe, débil planta
"De sávia fría, levanta
"Con orgullo la cerviz.

"El sol que tras de la sierra
"Se elevará esta mañana,
"Te saludará sultana
"Pese al sangriento Muley.
"Encrespa, pues, tu flotante
"Melena rúbia, leona
"Real, porque tu tierno infante
"Es desde hoy hijo de un rey."

Dijo, y comprendiólo todo
Moraima en aquel momento:
Mas aunque libre y contento
Dentro su pecho saltó
Su corazón, ante el vano
Orgullo de soberano
Ni aun el latido mas leve
En holocausto ofreció.

Abrazó, con sus caricias
Despertándole, á su hijo;
Pero solamente dijo,
Con inquietud juvenil
Volviéndose á la Africana,
“Pero supongo, sultana,
“Que me ha traído esa gente
“A mi esposo Abú-Abdil?”

Miróla Aixa como un águila
Mira, dejándola ir viva,
A una alondra fugitiva
Que encuentra por su region;
Con esa mirada propia
De los seres colosales
Que á los débiles mortales
Solo otorgan compasion.

Criaturas fuertes, almas
Todas vigor, que calculan
Por el que ellas acumulan
El vigor de las demas:
Almas en quien arde virgen
La luz de su fé divina;
Mas para quien no ilumina
Su luz la tierra jamás.

Seres dueños de los ímpetus
De las terrenas pasiones,
Que juzgan los corazones
Del suyo por la virtud,
Y que siguen inflexibles
El carril de sus deberes,
Creyendo á todos los seres
Con su firme rectitud.

Seres que nacen en tiempos
Indignos de ellos: de gente
Que arrastra cobardemente
Su existencia terrenal:
Seres que bajo su siglo
Se sepultan con fiereza,
Sin humillar la cabeza
Ante su siglo fatal.

Tal fué Aixa y tal la fria
Mirada que echó á Moraima,
Que trémula la sentia
Sobre su frente pesar:
Tales estas dos mujeres
Iguales solo en fortuna:
Débil cual las flores una,
Otra fiera como el mar.

El silencio de un momento
Que produjo esta mirada,
Kaël con un movimiento
De alegría interrumpió.
Corrió á la puerta, el oído
A sus hojas aplicando,
Y ufano á los piés saltando
De su señora volvió.

Pasos presurosos, rápidos
Por los jardines se oian,
Y luces se percibian
De los vidrios á través:
Aixa exclamó: “Ahí le tienes:
“Por suerte no es tan villano
“Que como un perro cristiano
“Venga á tenderse á tus piés.”

Dijo: mas ya no la oia
Moraima, que entrelazados
Sus bellos brazos tenia
Al cuello de Abú-Abdil:
Y el viejo Aly-Athár, que entraba
Detras del rey, de su hija
Embebido contemplaba
El arrebató infantil.

Ella, soltando al esposo,
Corrió á los brazos del padre
Que los abrió cariñoso;
Y olvidando la ocasion
En que se encontraba, en ellos
La levantó como á un niño
De su paternal cariño
En la expansiva efusion.

Hasta los negros esclavos
Que alumbraron tal escena,
Su emocion con harta pena
Pudieron disimular.
Aixa tan solo inactiva
Y silenciosa, á sus brazos
Con circunspeccion altiva
Dejó á Abú-Abdil llegar.

Y le abrazó: mas diciéndole:
“Abdil, ya estás en el trono:
“Tuyo es, y el cielo en tu abono
“Contra la injusticia está:
“Piensa, empero, que Aláh es justo
“Y que con airada mano
“Quita el trono al rey villano
“Lo mismo que se le dá.

“No olvides que á la fortuna,
“De los valientes amiga,
“Solo el valiente la obliga
“Y huye del cobarde vil.
“Como hombre, pues, sube al trono;
“Mas si Aláh al fin te abandona,
“No bajas de él sin corona
“Sino sin cabeza Abdil.”

Diciendo así la Africana
Abandonó el aposento,
Y ocupáronse al momento
Los fuertes por Abdilá,
En el silencio nocturno
Sorprendiendo á los soldados
A quien los dejó fiados
Muley, que hácia Alhama va.

IV

El sol, al asomar por el oriente,
Del rey Abú-Abdil vió la bandera
Flotar sobre la Alhambra, y por su gente
Guarnecida á Granada. Nueva era
Comenzaba á correr, y alegremente
Corrió la muchedumbre novelera,

Al vencido Muley abandonando,
Del nuevo rey á acrecentar el bando.

¡Clemente Aláh, cuya potente mano
Los imperios del polvo creadora
Engendra y los reduce á polvo vano,
Segun tu santa ley niveladora
De la humildad y del orgullo humano,
Tiéndela pio hácia la gente mora!
¡Qué va á ser de ella en guerra fratricida
Entre el padre y el hijo dividida!